SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12





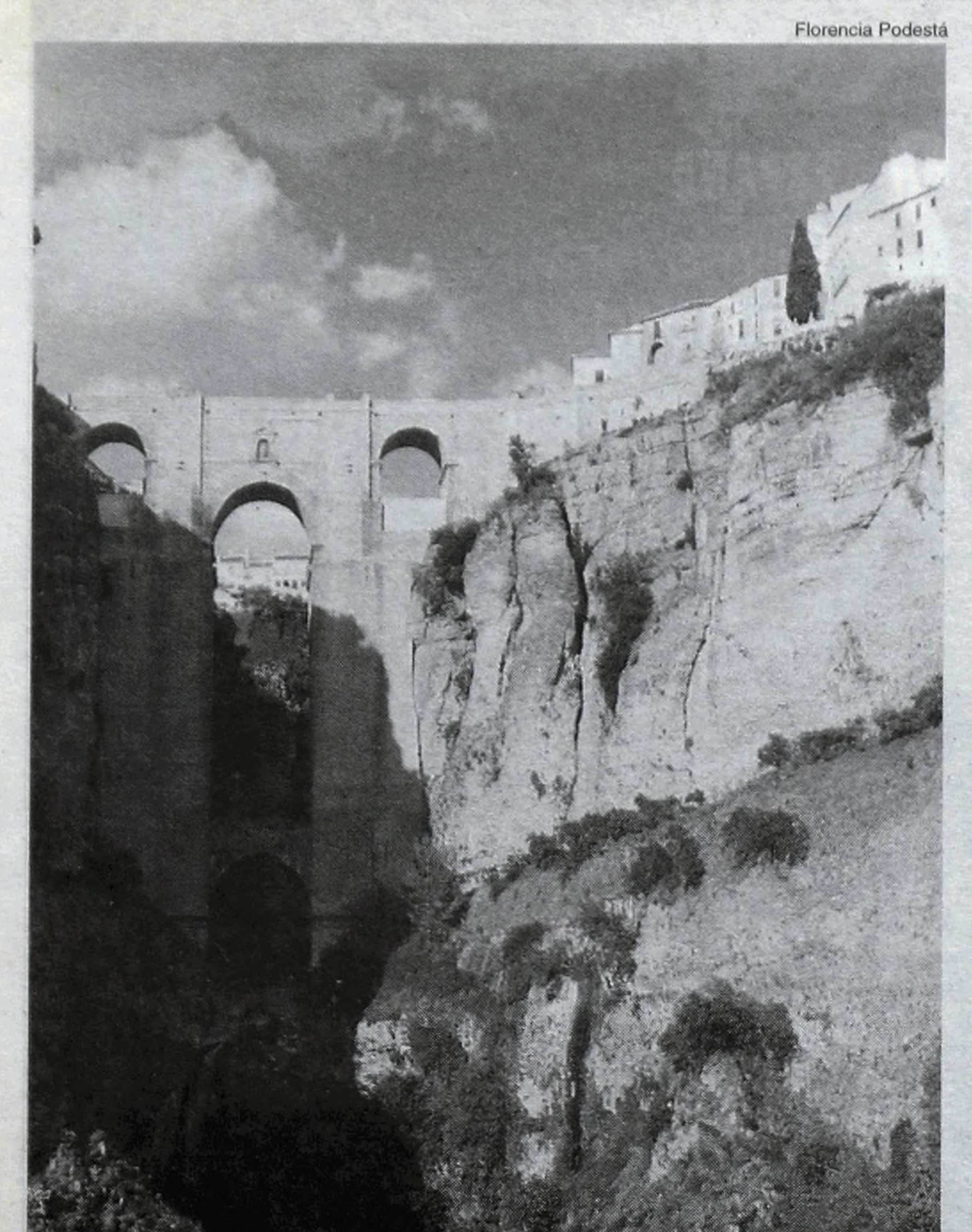
DOMINGO 23 DE AGOSTO DE 1998

BUENOS AIRES
Viaje a las estrellas

ESPAÑA
Primavera en Ronda



MISTERIOSO JAPON


Florencia Podestá

EL PUENTE NUEVO ES DEL SIGLO XVIII Y UNE LAS DOS PARTES DE LA CIUDAD.

SUR DE ESPAÑA: VERDES SIERRAS Y CAMPOS

La primavera se

La ciudad de Ronda y las sierras que la rodean son las tierras andaluzas más húmedas y verdes. Campos de amapolas en una región que formó parte del mundo árabe durante siete siglos.

Por Florencia Podestá

Cuando el tren se adentra en la serranía de Ronda, la idea de Andalucía como esa tierra de estepas áridas y calcinadas por un sol que sólo interceptan las copas redondas de los olivos cae ante la nueva evidencia. Como quien va por un desierto de colores pardos y terrosos, la sorpresa es grande cuando nuestros ojos encuentran un conjunto de sierras verde esmeralda y arboledas frescas. La ciudad de Ronda y las sierras que la rodean son, sin lugar a la metáfora, un verdadero oasis, debido a características peculiares que hacen de ésta una de las áreas más húmedas y verdes de toda España, aun en medio de la caliente Andalucía.

Ronda es una ciudad de construcción medieval que se sitúa sobre una meseta de 700 metros, en un emplazamiento geográfico excepcional. Está atravesada por el cauce del río Guadalevín, que corre en el fondo del llamado Tajo, una profunda garganta abierta en la montaña, que divide a Ronda en dos núcleos asomados al precipicio.

Luego de instalarnos en la pensión La Purísima, salimos a explorar qué nos ofrece la ciudad. El alojamiento en general es económico: en un extremo, el hotel La Española cuesta alrededor de 50 U$S por persona, mientras que una pensión puede costarnos 15 U$S. En cuestión de comidas, las especialidades rondeñas son las carnes de caza: el conejo y el venado. También nos dejamos tentar por los dulces de Ronda, como en toda Andalucía, exquisitos y empalagosos, sobre todo sus famosas *yemitas* y dulces de miel y almendras.

En la visita a la ciudad no puede pasarse por alto una visita al Museo Taurino, junto a la famosa plaza de toros rondeña. Se trata de una abigarrada exhibición pintoresca y un poco kitch de las reliquias gloriosas: fotografías antiguas, cabezas y cuerpos enteros embalsamados de los toros, y los trajes usados por los *matadores* más famosos, incluidos los de "El Mejor": Pedro Romero, originario de Ronda. "Dicen que hubo un torero,/ que cuando hacía el paseíllo / el sol perdía su brillo, / se llamó Pedro Romero", se lee por ahí.

Desde el borde de la ciudad que cuelga sobre el abismo podemos ver, como desde un balcón, todas las praderas y sierras alrededor. Pero recordamos lo que nos dijo alguien en el tren: si queremos saber qué es la primavera, debemos bajar al llano, a aquellos prados distantes que se nos aparecen como pequeños manchones verdes.

Nadie nos preparó para lo que veríamos abajo. Posiblemente todos hemos tenido de chicos una cierta imagen de la felicidad edénica encarnada en un campo florido en donde las flores son infinitas y se pierden de a miles en el horizonte, una especie de sueño de belleza irrealizable. Después de descender por una senda empinada y en zig zag, nos encontramos con lo que podría llamarse, como la obra de Stravinsky, "La consagración de la primavera", o la consagración de nuestro sueño infantil. Invisibles desde lo alto, miles y miles de amapolas rojas vibran, peligrosamente en el límite del espectro lumínico, como alumbradas desde adentro. Amapolas pequeñas, sutiles, no como las africanas de hojas carnosas y de tamaño intimidante. Caminamos un poco más, y por algún misterioso motivo de índole ecológica, las amapolas desaparecen y abren paso a miles de flores silvestres diminutas, de todos los colores imaginables, dispuestas en capas ondulantes como en una pintura de Manet. Y es que, al

TURISMO Y DEPORTES FRENTE A LA COSTA NORTE DE HOLANDA

Barriletes en las islas de Frisia

Por Pierre Dumas

En los días ventosos –casi todos, en estas latitudes– es común ver a los holandeses remontando sus barriletes junto al mar en cualquiera de esas islas que forman como una puntilla junto a la costa norte holandesa y que los mapas conocen como Islas de Frisia. En un país donde el lugar no sobra, es un lujo tener amplias playas donde consagrarse a este deporte con reminiscencias de infancia, un deporte que en Holanda se ha vuelto cada vez más popular (prácticamente en cada ciudad holandesa ya hay negocios especializados que permiten elegir barriletes con formas y colores para todos los gustos).

Pero en estas islas se practica también un deporte más curioso y extravagante, una suerte de carrera conocida como wadlopen que sólo pudo haber nacido en este país que siempre lucha por ganarle a las aguas: se trata de caminar a buen paso hacia el mar por las zonas que el agua deja libres durante la bajada de la marea, para luego tratar de volver a tierra a toda velocidad, antes de que la marea vuelva a subir y se imponga sobre las playas. Por las dudas, no hay que confiarse: quienes quieran sentir el sabor de esta aventura deben confiarse a la experiencia de alguna agencia especializada en cualquiera de las islas, ya que ellos conocen bien el terreno con que trabajan y saben cómo evitar los peligros de una marea demasiado rápida.

Un collar de islas

Las Islas de Frisia están hoy muy cerca de los pólders, pero no siempre fue así: en el pasado eran –gracias a su ubicación en medio del mar, entre La Mancha y el Báltico– el refugio preferido de los piratas del Mar del Norte. Un pasado que hoy queda sólo para la leyenda: mientras tanto, las islas han elegido el destino más apacible que les reserva la actividad turística. Cada fin de semana, desde las principales ciudades holandesas llegan cientos de turistas para aprovechar las posibilidades que ofrece la región: avistaje de focas, paseos a pie y en bicicleta o simplemente días de playa (y si llueve o hay demasiado viento, un fenómeno bastante frecuente... al mal tiempo buena cara).

El centro vital de las Islas de Frisia es la isla situada más al sur del archipiélago: Texel, cuya capital es Den Burg, mide 25 kilómetros de largo por 10 de ancho, pero le alcanza para concentrar las instituciones principales, un centro de informes turísticos y los imprescindibles bancos. Aquí hay también un lugar interesante por donde vale la pena pasar: el Ecomare, que funciona como museo y centro de información ecológica, y es el sitio donde se trata de recuperar a las focas afectadas por la contaminación del mar del Norte.

Después de Texel se puede pasar a Terschelling (30 kilómetros de largo por cinco de ancho) y Vlieland (20 kilómetros de largo por cinco de ancho), las dos islas que están a continuación, formadas sobre todo por cadenas de dunas. El principal encanto de Vlieland y su principal localidad, llamada Oost Vlieland, es que no se puede circular con automóviles, lo que le da una quietud y un carácter particulares. Terschelling –o la "isla de los buenos momentos", como la llama la gente- es en cambio más animada que la anterior.

Finalmente, más al norte se encuentran la isla de Ameland, con Nes como pueblo principal, y Shiermonnikoog, la menos frecuentada del archipiélago pero, también por eso, la preferida para los deportes como barriletes, mountain-bike y wadlopen.

Ferries de ida y vuelta

Para llegar a las Islas de Frisia desde el continente hay que tomar alguno de los ferries que salen de los distintos puertos holandeses. Un viaje de apenas 20 minutos permitirá llegar desde Den Helder (a una hora y media de tren de Amsterdam) hasta Texel, a un costo de un dólar. Las islas de Vlieland y Terschelling, en cambio, están conectadas por tres ferries diarios al puerto de Harlingen (a dos horas de tren de Amsterdam). Esta vez la travesía dura una hora y media, a un costo de dos dólares. Si la opción es Ameland, hay que partir desde Holwerd. Los cruces son seis por día, y el pasaje cuesta un dólar. Finalmente, para llegar a Schiermonnikoog hay que embarcar en Lauwersoog (al noroeste de Groeningen, desde donde salen ómnibus con destino a esta localidad). El viaje, a un costo de un dólar, dura 45 minutos. En las islas hay albergues para la juventud, hosterías y campings. Además se pueden alquilar bicicletas (a un costo de cinco dólares diarios).

DE FLORES EN UNA REGION DE ANDALUCIA

consagra en Ronda

igual que en ciertas áreas de Grecia, la primavera en Ronda es una de las más espectaculares de Europa, debido a sus condiciones microclimáticas y a su gran proximidad con la costa africana, que hace que allí se concentren las flores de los dos continentes.

En aquel momento pensamos que nuestra suerte era mucha, ya que las primaveras en Europa suelen ser cortas. Sin embargo, una mujer que pasaba con su hijo recogiendo amapolas nos contó que las flores duran hasta bien entrado el verano. Es una buena idea coordinar nuestra permanencia en Ronda con la de las flores; para los que venimos de ciudades, o de naturalezas más austeras, caminar por este lugar es una experiencia atávica que no se olvida fácilmente.

Los puentes de Ronda

Desde el llano también se presenta una vista impresionante de la ciudad como una fortaleza encaramada a la meseta, y de su puente que se levanta sobre el Tajo, la garganta que divide a la ciudad en dos. El Puente Nuevo de Ronda, menos famoso que el de Avignon pero mucho más imponente, fue construido en el siglo XVIII sobre unos pilares gigantescos que se adaptan y se integran a la forma de la montaña. En otros puntos de Ronda existen todavía dos puentes más pequeños que datan de épocas anteriores: el Puente Viejo, construido por los romanos, y el Puente de Almocábar, construido por los árabes. Recordemos que Ronda estuvo habitada por los celtas en su origen; luego se sucedieron los fenicios, íberos, y romanos, quienes llamaron al sitio Arunda. En el siglo VIII fue colonizada por los árabes y pasó a llamarse Izn-Rand-Onda. Ellos permanecieron siete siglos hasta que en 1485 fue reconquistada por los Reyes Católicos.

Ronda estuvo habitada por celtas, fenicios, íberos y romanos, y su nombre era Arunda. En el siglo VIII, los árabes la llamaron Izn-Rand-Onda.

Florencia Podestá

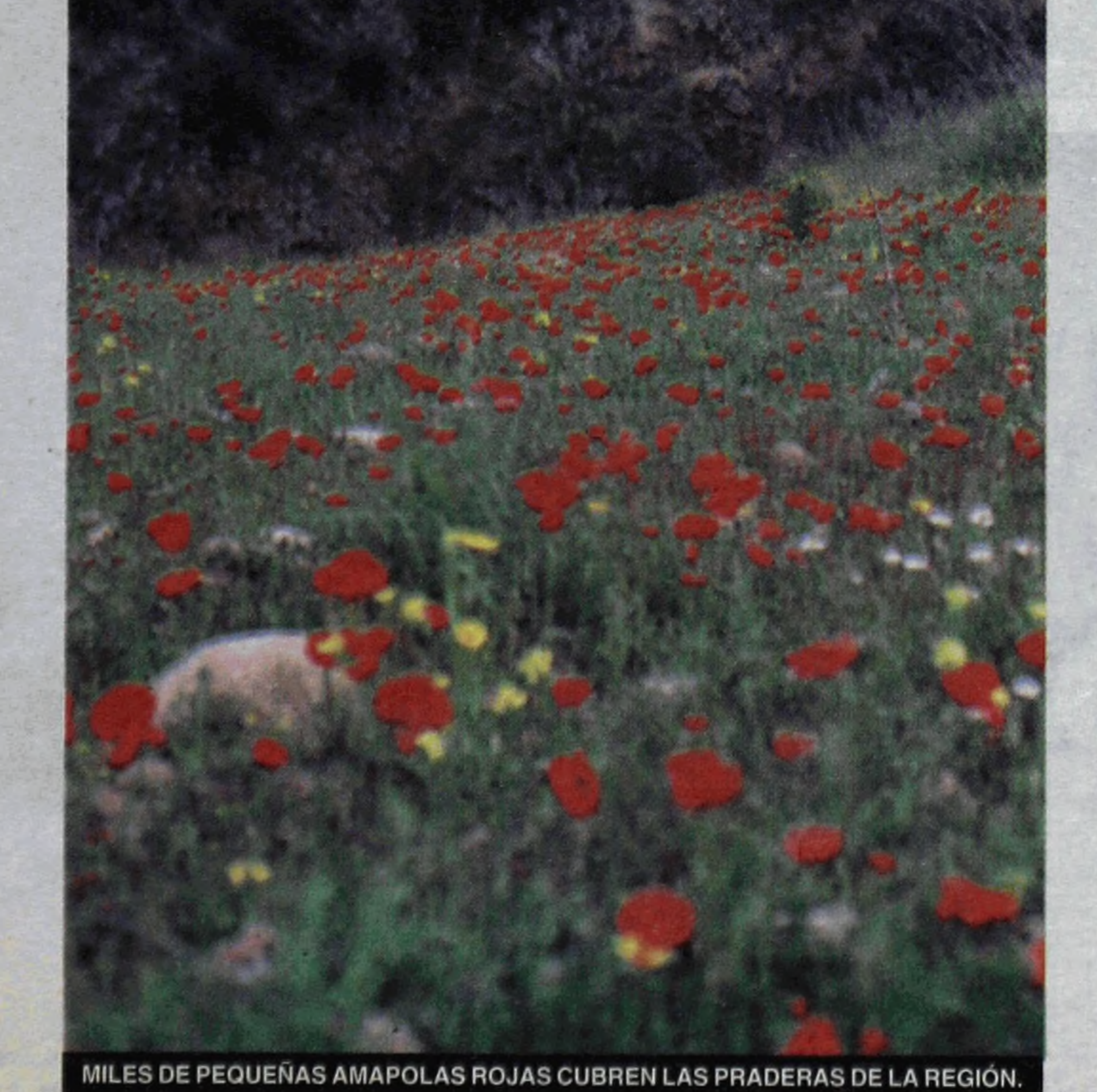


LA MEDIEVAL CIUDAD DE RONDA ESTÁ EMPLAZADA SOBRE UNA MESETA DE 700 METROS DE ALTURA.

Como para confirmar con ironía que "no todo son rosas", ni siquiera en la florida Ronda, pronto nos enteramos de otra particularidad del lugar relacionada con el famoso puente. Dos rondeños que descansan sobre la hierba nos cuentan, ante nuestra curiosidad, que todas las tardes al salir del trabajo bajan allí a contemplar el puente "como si fuésemos turistas". Y entonces Ricardo, uno de los dos, nos explica con humor, ante su amigo que asiente : "Dos o tres veces al mes se tira alguno del puente de Ronda. Vienen en rachas, a veces dos seguidos y luego ninguno se suicida por un tiempo". Nosotros nos mostramos impresionados ante la idea de una caída tan prolongada. Ricardo, implacable, responde: "Vamos, son sólo tres segundos, no hay mucho tiempo para pensar". Ante nuestra mirada cada vez más sorprendida, continúa: "Es que nosotros en la escuela aprendíamos la física calculando: ¿cuánto tarda un suicida en caer del puente de Ronda al fondo del Tajo? Tres segundos. Incluso hay los que se llegan especialmente a Ronda para tirarse, debe ser por la altura y por el paisaje. Pero por tres segundos, no vale la pena".

Pasa un hombre imitando el berrido de una oveja. Todas las ovejas lo siguen. La temperatura es perfecta bajo el sol andaluz, y releemos el poema que llegó a nuestras manos, de un poeta rondeño llamado Miguelí: "Si el sol desaparece/ tras una nube/ las amapolas se encienden/ como diciendo: / somos hijas de la noche".

Florencia Podestá



MILES DE PEQUEÑAS AMAPOLAS ROJAS CUBREN LAS PRADERAS DE LA REGIÓN.

Una guía, un viaje

Son pocos los viajeros que emprenden un viaje sin una guía de los lugares que va a recorrer, sobre todo si va hacia algún país extranjero. En el bolsillo o en la valija, esas guías los acompañarán mientras duren las vacaciones y después quedarán en un estante como esos libros que siempre están a mano para recurrir a ellos cuando la memoria necesita recordar buenos momentos del pasado. Si el lector ha empezado a imaginar un posible viaje pero aún no ha definido el destino, es aconsejable que se dé una vuelta por las librerías donde encontrará una gran variedad de guías de distintos tamaños y precios. La editorial Aguilar, por ejemplo, edita tres tipos de guías: *Fodor's*, quizá la más completa, donde el viajero se informará sobre la historia, costumbres, gastronomía, tiendas, restaurantes y hoteles de los lugares que va a visitar, así como vida nocturna, recorridos artísticos y todos los itinerarios posibles. También contiene mapas, medios de transporte y un vocabulario básico con traducción. Además de las 23 guías ya editadas sobre ciudades y países de Europa, América latina, Asia y Asia Menor, en setiembre aparecerán las del este y el oeste de Estados Unidos. En la *Guía Visual*, el turista encontrará toda la información necesaria y más de 1000 fotografías, maquetas y planos, e incluye un Manual de Supervivencia que enseña, por ejemplo, cómo hablar a Buenos Aires desde un teléfono público en Tailandia. Y finalmente, la pequeña *Guía Práctica* con plano desplegable de la ciudad visitada, que además de la información básica, tiene la ventaja de poder llevarse en el bolsillo y es la más barata de las tres.

Cúpulas de Hiroshima y Miyazaki

Por Felisa Pinto

A las 8.15 de la mañana del 6 de agosto de 1945, la primera bomba atómica lanzada en la historia explotó aproximadamente a unos 580 metros sobre el centro de la ciudad japonesa de Hiroshima: en un instante, redujo la ciudad a una planicie arrasada, destruyendo innumerables vidas y causando desolación en todas las actividades de la ciudad.

Visitar Hiroshima este año de 1998 no es un simple reconocimiento de la ciudad 53 años después de la bomba genocida. Tres años después del cincuentenario parece, en efecto, un aniversario anodino. Si no fuera porque 1998 tiene ya una marca aciaga que lo relaciona con 1945. Ha sido el año de una significativa ampliación de los arsenales y amenazas atómicas de la humanidad.

Visitar Hiroshima ahora es conocer una realidad que no es meramente histórica. Es andar por el incierto presente de la condición humana.

No cabe en verdad un viaje al Japón sin estar, aunque brevemente, en Hiroshima, la Ciudad de la Paz como ha sido designada, con potente simbolismo. En el lugar de mayor devastación se ha erigido el monumento y el museo conmemorativo por la paz.


"CÚPULA DE LA BOMBA A" EN HIROSHIMA.

En un extremo del Parque de la Paz, se encuentra la Cúpula de la Bomba A. Se trata de ruinas que sostienen el esqueleto metálico de la cúpula de lo que otrora fuera un edificio estatal. Es una estructura del comienzo de siglo, que el 6 de agosto de 1945, a diferencia de la totalidad de los funcionarios que allí murieron en el acto, quedó a medio destruir, aunque horriblemente devastada. Se la mantiene como símbolo eficaz de la aniquilación atómica, aún más implacable con los humanos que con la materia inerte.

El enorme complejo incluye un centro de convenciones —el International Conference Center— donde se celebran muy diversas actividades vinculadas con la construcción de la paz. Para el 2004 se espera celebrar allí, incluso, una de las muchas conmemoraciones que en el mundo habrá en ocasión de los 200 años de la muerte de Emanuel Kant, el filósofo de la Paz.

No lejos del Parque conmemorativo de la Paz donde se encuentran esos emplazamientos, existe un Museo de Cultura y Ciencia para los niños, y también el Museo de Arte Contemporáneo, y asimismo el Monumento Literario Dedicado a Miekishi Suzuki, indicadores todos ellos, como muchos otros más triviales, que la vida continúa, progresa y se desarrolla con la suave y férrea obstinación de los japoneses, que, admirablemente, en ningún momento ni elemento de esa recordación fatídica que es Hiroshima, muestran la menor emoción vindicativa o persecutoria.

Por otro lado, sería erróneo suponer que Hiroshima se agota en la luctuosa recordación del holocausto nuclear. Desde muy antiguo Hiroshima está asociada, por su proximidad, con uno de los rincones de mayor belleza del país. Es la pequeña isla de Itsuku-shima, sede del famoso santuario de Miyazima, uno de los tres más importantes del Japón, con numerosas pagodas y edificios, incluyendo el Vestíbulo de las Cien Alfombras. En el otoño los árboles contribuyen con los declinantes dorados, ocres y rojizos de las hojas perecederas, a la magia de este lugar tan tradicional como fuera del mundanal y humano tráfago. Recuerda a Kioto, la ciudad histórica por excelencia, otro de los puntos inevitables de un viaje al Japón, preferida, con buenas razones, por los viajeros argentinos.

A Hiroshima se llega desde Tokio a través de los famosos, seguros y puntuales trenes-balas. También se puede hacerlo por medio de los vuelos de la empresa de transporte aereodoméstico del Japón.

Miyazaki

Casi en el extremo sud del Japón, sobre la costa del océano Pacífico, encuentra el turista, necesitado de un cambio luego de la experiencia demasiado intensa de Hiroshima, otra cara de la nación nipona. Junto a uno de los campos de golf donde se juegan torneos de la más grande importancia mundial como el Dunlop, y a unos trescientos metros de las aguas oceánicas, se ha construido una de las proezas de la inventiva humana. El Ocean Dome es una gigantesca cúpula debajo de la cual se ha reconstruido un pedazo de mar, con temperatura tropical y agua salada, con olas ficticias de tamaño que permiten la práctica del surf. Hasta la arena es artificial: para que no se adhierá a los pies, ha sido lograda con polvo de mármol. Por las noches unas proyecciones con láser hacen surgir de esas aguas monstruos rugientes aunque benignos. La finalidad sin embargo es rigurosamente utilitaria. Se trata de poder bañarse en el mar durante los meses de verano, y tostarse con los soles también tecnológicos de este trópico *high tech*. También Miyazaki es accesible por ferrocarril y por vuelos de la compañía aérea de cabotaje.

JAPON: MODERNIDAD Y MISTER

El país del s

Un viaje al país donde conviven tradiciones milenarias con la tecnología de última generación, y metrópolis gigantescas con aislados pueblos de montaña.

Por Graciela Cutuli

Cuatro islas principales y más de mil islotes forman el archipiélago japonés, una superficie de 377.000 kilómetros cuadrados —la décima parte de la Argentina— donde viven 125 millones de personas. Japón es sin duda un país paradójico, hecho de contrastes, a la vanguardia en tecnología pero cuyo emperador sólo renunció a mediados de este siglo a su origen divino, un país que atrae por su lejanía y sorprende por la antigüedad y riqueza de una cultura que Occidente conoce sólo de modo fragmentario. Después de un viaje, ese misterio del mundo nipón estará lejos de haberse resuelto, pero se habrán adquirido más certezas, se habrá tocado algo más de cerca ese universo extraordinario y Japón habrá adquirido para el viajero una infinita cantidad de matices nuevos.

Tokio, la capital

Toda visita a Japón comienza en la capital, una ciudad inmensa que concentra doce millones de habitantes y que es en sí misma el resumen de los contrastes japoneses. La primera imagen de Tokio es la de una ciudad donde sobresalen los rascacielos, brilla el neón y la gente se mueve en olas por las calles: sin embargo, muchos se sorprenden porque a pesar de todo allí jamás se sienten la agitación y la prisa desenfrenadas de otras capitales del mundo. Nadie se empuja; nadie es arrastrado por la marea de gente como en las superpobladas calles chinas; siempre alguien tiene tiempo de contestar una pregunta o de acompañar al turista desorientado, mientras los ejecutivos andan en bicicleta y los chicos y grandes mueren por el pachinko, esa suerte de flipper que hace furor entre los japoneses. En realidad Tokio no tiene un centro, sino varios, cada uno diverso del otro.

Más que correr en busca de monumentos o buscar una arquitectura brillante, vale la pena dedicar tiempo a recorrer esos barrios-ciudades —Otemachi, Kasumigaseki, Shibuya, Ueno, Ikeubukuro— que le valieron a la capital japonesa la definición de "nebulosa urbana polinuclear", dicho en lenguaje de urbanista.

En Tokio coexisten la zona alta, donde brotan decenas de rascacielos, y en torno de ella la ciudad baja, la del pueblo común y la vida cotidiana, reproduciendo todavía en el desborde actual la estructura de la vieja Edo (el antiguo nombre de Tokio). Para asomarse a la imagen tradicional que los extranjeros tienen de la ciudad, habrá que ir al barrio de Shinjuku, de aire futurista y luminoso, símbolo de la zona consagrada a los entretenimientos, mientras un paseo por Akihabara será ideal para interiorizarse de los últimos avances en materia de electrónica, uno de los emblemas del mundo japonés. Muchos creen que, si hay un solo día disponible en Tokio, es justamente a Shinjuku y Akihabara donde hay que ir. Para ir de compras, en cambio, el destino es el barrio de Ginza, rival de la neoyorquina Quinta Avenida: el lugar es interesante incluso si el "shopping" queda para mejor oportunidad, ya que muestra una cara im-

Los barrios-ciudades —Otemachi, Kasumigaseki, Shibuya, Ueno, Ikeubukuro— le valieron a la capital japonesa la definición de "nebulosa urbana polinuclear".


EN LOS MESES DE ABRIL Y MAYO FLORECEN L

Cúpulas de Hiroshima y Miyazaki

Por Felisa Pinto



"CÚPULA DE LA BOMBA A" EN HIROSHIMA.

A las 8.15 de la mañana del 6 de agosto de 1945, la primera bomba atómica lanzada en la historia explotó aproximadamente a unos 580 metros sobre el centro de la ciudad japonesa de Hiroshima: en un instante, redujo la ciudad a una planicie arrasada, destruyendo innumerables vidas y causando desolación en todas las actividades de la ciudad.

Visitar Hiroshima este año de 1998 no es un simple reconocimiento de la ciudad 53 años después de la bomba genocida. Tres años después del cincuentenario parece, en efecto, un aniversario anodino. Si no fuera porque 1998 tiene ya una marca aciaga que lo relaciona con 1945. Ha sido el año de una significativa ampliación de los arsenales y amenazas atómicas de la humanidad.

Visitar Hiroshima ahora es conocer una realidad que no es meramente histórica. Es andar por el incierto presente de la condición humana.

No cabe en verdad un viaje al Japón sin estar, aunque brevemente, en Hiroshima, la Ciudad de la Paz como ha sido designada, con potente simbolismo. En el lugar de mayor devastación se ha erigido el monumento y el museo conmemorativo por la paz.

En un extremo del Parque de la Paz, se encuentra la Cúpula de la Bomba A. Se trata de ruinas que sostienen el esqueleto metálico de la cúpula de lo que otrora fuera un edificio estatal. Es una estructura del comienzo de siglo, que el 6 de agosto de 1945, a diferencia de la totalidad de los funcionarios que allí murieron en el acto, quedó a medio destruir, aunque horriblemente devastada. Se la mantiene como símbolo eficaz de la aniquilación atómica, aún más implacable con los humanos que con la materia inerte.

El enorme complejo incluye un centro de convenciones —el International Conference Center— donde se celebran muy diversas actividades vinculadas con la construcción de la paz. Para el 2004 se espera celebrar allí, incluso, una de las muchas conmemoraciones que en el mundo habrá en ocasión de los 200 años de la muerte de Emanuel Kant, el filósofo de la Paz.

No lejos del Parque conmemorativo de la Paz donde se encuentran esos emplazamientos, existe un Museo de Cultura y Ciencia para los niños, y también el Museo de Arte Contemporáneo, y asimismo el Monumento Literario Dedicado a Miekishi Suzuki, indicadores todos ellos, como muchos otros más triviales, que la vida continúa, progresa y se desarrolla con la suave y férrea obstinación de los japoneses, que, admirablemente, en ningún momento ni elemento de esa recordación fatídica que es Hiroshima, muestran la menor emoción vindicativa o persecutoria.

Por otro lado, sería erróneo suponer que Hiroshima se agota en la luctuosa recordación del holocausto nuclear. Desde muy antiguo Hiroshima está asociada, por su proximidad, con uno de los rincones de mayor belleza del país. Es la pequeña isla de Itsuku-shima, sede del famoso santuario de Miyazima, uno de los tres más importantes del Japón, con numerosas pagodas y edificios, incluyendo el Vestíbulo de las Cien Alfombras. En el otoño los árboles contribuyen con los declinantes dorados, ocres y rojizos de las hojas perecederas, a la magia de este lugar tan tradicional como fuera del mundanal y humano tráfago. Recuerda a Kioto, la ciudad histórica por excelencia, otro de los puntos inevitables de un viaje al Japón, preferida, con buenas razones, por los viajeros argentinos.

A Hiroshima se llega desde Tokio a través de los famosos, seguros y puntuales trenes-balas. También se puede hacerlo por medio de los vuelos de la empresa de transporte aereodoméstico del Japón.

Miyazaki

Casi en el extremo sud del Japón, sobre la costa del océano Pacífico, encuentra el turista, necesitado de un cambio luego de la experiencia demasiado intensa de Hiroshima, otra cara de la nación nipona. Junto a uno de los campos de golf donde se juegan torneos de la más grande importancia mundial como el Dunlop, y a unos trescientos metros de las aguas oceánicas, se ha construido una de las proezas de la inventiva humana. El Ocean Dome es una gigantesca cúpula debajo de la cual se ha reconstruido un pedazo de mar, con temperatura tropical y agua salada, con olas ficticias de tamaño que permiten la práctica del surf. Hasta la arena es artificial: para que no se adhiera a los pies, ha sido lograda con polvo de mármol. Por las noches unas proyecciones con láser hacen surgir de esas aguas monstruos rugientes aunque benignos. La finalidad sin embargo es rigurosamente utilitaria. Se trata de poder bañarse en el mar durante los meses de verano, y tostarse con los soles también tecnológicos de este trópico *high tech*. También Miyazaki es accesible por ferrocarril y por vuelos de la compañía aérea de cabotaje.

JAPON: MODERNIDAD Y MISTERIOS DEL LEJANO ORIENTE

El país del sol naciente

Un viaje al país donde conviven tradiciones milenarias con la tecnología de última generación, y metrópolis gigantescas con aislados pueblos de montaña.

Por Graciela Cutuli

Cuatro islas principales y más de mil islotes forman el archipiélago japonés, una superficie de 377.000 kilómetros cuadrados —la décima parte de la Argentina— donde viven 125 millones de personas. Japón es sin duda un país paradójico, hecho de contrastes, a la vanguardia en tecnología pero cuyo emperador sólo renunció a mediados de este siglo a su origen divino, un país que atrae por su lejanía y sorprende por la antigüedad y riqueza de una cultura que Occidente conoce sólo de modo fragmentario. Después de un viaje, ese misterio del mundo nipón estará lejos de haberse resuelto, pero se habrán adquirido más certezas, se habrá tocado algo más de cerca ese universo extraordinario y Japón habrá adquirido para el viajero una infinita cantidad de matices nuevos.

Tokio, la capital

Toda visita a Japón comienza en la capital, una ciudad inmensa que concentra doce millones de habitantes y que es en sí misma el resumen de los contrastes japoneses. La primera imagen de Tokio es la de una ciudad donde sobresalen los rascacielos, brilla el neón y la gente se mueve en olas por las calles: sin embargo, muchos se sorprenden porque a pesar de todo allí jamás se sienten la agitación y la prisa desenfrenadas de otras capitales del mundo. Nadie se empuja; nadie es arrastrado por la marea de gente como en las superpobladas calles chinas; siempre alguien tiene tiempo de contestar una pregunta o de acompañar al turista desorientado, mientras los ejecutivos andan en bicicleta y los chicos y grandes mueren por el pachinko, esa suerte de flipper que hace furor entre los japoneses. En realidad Tokio no tiene un centro, sino varios, cada uno diverso del otro.

Más que correr en busca de monumentos o buscar una arquitectura brillante, vale la pena dedicar tiempo a recorrer esos barrios-ciudades —Otemachi, Kasumigaseki, Shibuya, Ueno, Ikeubukuro— que le valieron a la capital japonesa la definición de "nebulosa urbana polinuclear", dicho en lenguaje de urbanista.

En Tokio coexisten la zona alta, donde brotan decenas de rascacielos, y en torno de ella la ciudad baja, la del pueblo común y la vida cotidiana, reproduciendo todavía en el desborde actual la estructura de la vieja Edo (el antiguo nombre de Tokio). Para asomarse a la imagen tradicional que los extranjeros tienen de la ciudad, habrá que ir al barrio de Shinjuku, de aire futurista y luminoso, símbolo de la zona consagrada a los entretenimientos, mientras un paseo por Akihabara será ideal para interiorizarse de los últimos avances en materia de electrónica, uno de los emblemas del mundo japonés. Muchos creen que, si hay un solo día disponible en Tokio, es justamente a Shinjuku y Akihabara donde hay que ir. Para ir de compras, en cambio, el destino es el barrio de Ginza, rival de la neoyorquina Quinta Avenida: el lugar es interesante incluso si el "shopping" queda para mejor oportunidad, ya que muestra una cara imperdible del Japón comercial. Mientras tanto, las zonas más jóvenes son las de Shibuya y Harajuku, donde reinan los cafés y los negocios de moda... al menos hasta la noche, cuando habrá que desplazarse a Roppongi, el barrio predilecto de los noctámbulos por sus clubes y locales de diversiones, que no cierran sus puertas hasta el alba. También hay que pasar por el Ueno-koen Park, al norte del centro, donde se concentran algunas de las mejores galerías y museos japoneses: como el Museo Nacional de Tokio, que alberga la principal colección mundial de arte nipón, el Museo Nacional de Ciencias, y al Shitamachi History Museum, que recrea los barrios centrales ocupados por el pueblo en la vieja Tokio. Finalmente, hay que pasar por el templo budista Senso-ji, en la zona de Asakusa, un antiguo "distrito del placer" del cual sobrevive hoy en parte el encanto y glamour del pasado entre las calles estrechas y bulliciosas.

Los barrios-ciudades —Otemachi, Kasumigaseki, Shibuya, Ueno, Ikeubukuro— le valieron a la capital japonesa la definición de "nebulosa urbana polinuclear".



TOKIO, LA CAPITAL NIPONA, CONCENTRA DOCE MILLONES DE HABITANTES EN SUS BARRIOS-CIUDADES.

Sin duda es difícil decir dónde empieza y dónde termina Tokio, pero todavía quedan muchos otros lugares que recuerdan una antiquísima historia, siempre viviente a la par de la modernidad. En general, además, los suburbios de Tokio han podido resistir a los avances de la cultura del supermercado, y todavía es posible encontrarse en las calles con pequeños negocios especializados, restaurantes tradicionales abiertos hasta tarde, viejas casas de madera construidas a la usanza tradicional, o ancianas que salen a hacer las compras vestidas con kimono.

El Monte Fuji

Además de su interés como capital y arquetípica ciudad japonesa, Tokio ofrece una perfecta ubicación para conocer otro de los emblemas del país: el monte Fuji, la montaña más alta de Japón (3776 metros). Esta silueta inconfundible ha dado la vuelta al mundo en fotografías que muchas veces sirven de publicidad a las marcas de fotografía japonesas. El monte Fuji es un cono perfectamente simétrico... y volcánico, cuya última erupción data de 1707, cuando las cenizas llegaron a cubrir las calles de Tokio. Verlo desde la capital es excepcional, y requiere un día extraordinariamente claro (algo poco frecuente en Tokio, siempre bajo la presión del smog). Para avistarlo, la mejor época es tal vez el invierno y el principio de la primavera, cuando la cumbre está cubierta de nieve: sin embargo, estas mismas épocas son las más desaconsejables para intentar un ascenso, salvo que se trate de auténticos expertos. Oficialmente, las temporadas de escalada son julio y agosto, pero incluso en estos meses de verano requiere una buena experiencia en montaña, ya que el tiempo es sumamente cambiante. En el lado norte se encuentran los Cinco Lagos Fuji, uno de los lugares predilectos de la gente de Tokio para pasar un día fuera de la ciudad. Allí se pueden practicar deportes acuáticos, visitar parques de diversiones y desde luego conseguir las mejores vistas para fotografiar el monte Fuji (la mejor manera de llegar es desde la terminal de ómnibus Shinjuku de Tokio).



EN LOS MESES DE ABRIL Y MAYO FLORECEN LOS CEREZOS EN LOS PARQUES DE TOKIO. LUGARES MUY CONCURRIDOS POR FAMILIAS NIPONAS.



LAGO ASHINOKO EN HAKOME. AL FONDO EL MONTE FUJI, EL MÁS ALTO DE JAPÓN.

El Parque Daisetsuzan

Es el Parque Nacional más grande de Japón (2309 kilómetros cuadrados) y está ubicado en la isla de Hokkaido, la más al norte de las cuatro principales y la segunda por extensión. Concurridísimo en verano y los primeros días del otoño, una visita al parque puede comenzar en Sounkyo, puerta de entrada para numerosos recorridos a pie. Allí se encuentra también Furano, uno de los principales centros de esquí de Japón, y no muy lejos, las localidades de vacaciones Todachidake Onsen y Shirogane Onsen.

IOS DEL LEJANO ORIENTE

ol naciente



TOKIO, LA CAPITAL NIPONA, CONCENTRA DOCE MILLONES DE HABITANTES EN SUS BARRIOS-CIUDADES.



LAGO ASHINOKO EN HAKOME. AL FONDO EL MONTE FUJI, EL MÁS ALTO DE JAPÓN.

El Parque Daisetsuzan

Es el Parque Nacional más grande de Japón (2309 kilómetros cuadrados) y está ubicado en la isla de Hokkaido, la más al norte de las cuatro principales y la segunda por extensión. Concurridísimo en verano y los primeros días del otoño, una visita al parque puede comenzar en Sounkyo, puerta de entrada para numerosos recorridos a pie. Allí se encuentra también Furano, uno de los principales centros de esquí de Japón, y no muy lejos, las localidades de vacaciones Todachidake Onsen y Shirogane Onsen.

perdible del Japón comercial. Mientras tanto, las zonas más jóvenes son las de Shibuya y Harajuku, donde reinan los cafés y los negocios de moda... al menos hasta la noche, cuando habrá que desplazarse a Roppongi, el barrio predilecto de los noctámbulos por sus clubes y locales de diversiones, que no cierran sus puertas hasta el alba. También hay que pasar por el Ueno-koen Park, al norte del centro, donde se concentran algunas de las mejores galerías y museos japoneses: como el Museo Nacional de Tokio, que alberga la principal colección mundial de arte nipón, el Museo Nacional de Ciencias, y al Shitamachi History Museum, que recrea los barrios centrales ocupados por el pueblo en la vieja Tokio. Finalmente, hay que pasar por el templo budista Senso-ji, en la zona de Asakusa, un antiguo "distrito del placer" del cual sobrevive hoy en parte el encanto y glamour del pasado entre las calles estrechas y bulliciosas.

Sin duda es difícil decir dónde empieza y dónde termina Tokio, pero todavía quedan muchos otros lugares que recuerdan una antiquísima historia, siempre viviente a la par de la modernidad. En general, además, los suburbios de Tokio han podido resistir a los avances de la cultura del supermercado, y todavía es posible encontrarse en las calles con pequeños negocios especializados, restaurantes tradicionales abiertos hasta tarde, viejas casas de madera construidas a la usanza tradicional, o ancianas que salen a hacer las compras vestidas con kimono.



S CEREZOS EN LOS PARQUES DE TOKIO. LUGARES MUY CONCURRIDOS POR FAMILIAS NIPONAS.

El Monte Fuji

Además de su interés como capital y arquetípica ciudad japonesa, Tokio ofrece una perfecta ubicación para conocer otro de los emblemas del país: el monte Fuji, la montaña más alta de Japón (3776 metros). Esta silueta inconfundible ha dado la vuelta al mundo en fotografías que muchas veces sirven de publicidad a las marcas de fotografía japonesas. El monte Fuji es un cono perfectamente simétrico... y volcánico, cuya última erupción data de 1707, cuando las cenizas llegaron a cubrir las calles de Tokio. Verlo desde la capital es excepcional, y requiere un día extraordinariamente claro (algo poco frecuente en Tokio, siempre bajo la presión del smog). Para avistarlo, la mejor época es tal vez el invierno y el principio de la primavera, cuando la cumbre está cubierta de nieve: sin embargo, estas mismas épocas son las más desaconsejables para intentar un ascenso, salvo que se trate de auténticos expertos. Oficialmente, las temporadas de escalada son julio y agosto, pero incluso en estos meses de verano requiere una buena experiencia en montaña, ya que el tiempo es sumamente cambiante. En el lado norte se encuentran los Cinco Lagos Fuji, uno de los lugares predilectos de la gente de Tokio para pasar un día fuera de la ciudad. Allí se pueden practicar deportes acuáticos, visitar parques de diversiones y desde luego conseguir las mejores vistas para fotografiar el monte Fuji (la mejor manera de llegar es desde la terminal de ómnibus Shinjuku de Tokio).



EL TEMPLO ZEN KINKAKU-JI, REVESTIDO CON LÁMINAS DORADAS, SE ENCUENTRA EN KIOTO, LA CAPITAL IMPERIAL.

Por otra parte, si se sigue recorriendo la costa este, se podrá conocer el increíble proceso de cultivo de perlas en la isla de Mikimoto.

Kioto, la antigua capital

Capital imperial entre el 794 y 1868, Kioto es hoy una de las ciudades más fascinantes que puede ofrecer Japón, y su principal polo cultural. Aunque la arquitectura de la industria y los negocios avanzan, la estilizada silueta de los templos, el verdor de los espléndidos jardines y las discretas geishas —hoy un lujo reducido y selecto, pero siempre existente— mantienen esa imagen clásica de Japón que inevitablemente lleva impresa el visitante occidental. Uno de los puntos principales de una visita a Kioto es el Palacio Imperial —el edificio actual, rodeado de jardines, monumental pero de formas simples, fue construido en 1855—, al que sólo se llega en visita guiada. El siguiente paso es el este de Kioto, sobre todo el distrito de Higashiyama, famoso por la tranquilidad de sus paseos, la hermosura de sus templos y los entretenimientos de la zona de Gion. Entre los más de dos mil templos de la ciudad, dos tal vez sobresalen: el Sanjusangen-do, con sus estatuas de Kannon, el dios budista de la Gracia, y el templo zen Kinkaku-ji, totalmente reconstruido después de un incendio y revestido con láminas doradas, pero hay muchos otros en la zona noreste. Además de la arquitectura y los jardines, Kioto es famosa por conservar la fabricación de artesanías tradicionales, como la laca, la porcelana y el trabajo de los metales, así como la seda de Nishijin, que se elabora siguiendo técnicas antiguas.

Desde aquí también se puede visitar en el día el Castillo Himeji-jo, el más imponente de los castillos japoneses que aún quedan en pie, y aprovechar para disfrutar la comida tradicional japonesa, sobre todo en la zona central de la ciudad (la zona este es más apreciada por sus restaurantes de estilo occidental).

Un vistazo a la cultura japonesa

Muchas formas del arte, la tradición y la cultura japonesa han traspasado las fronteras de la isla, sin hablar de la omnipresente tecnología japonesa. Los arreglos florales (ikebana), el arte del papel plegado (origami), la poesía breve (haiku) y el teatro (kabuki y no) han dado la vuelta al mundo. También son muy conocidos los dibujos en tinta, la música gagaku (con percusión y otros instrumentos japoneses semejantes a la flauta y el oboe), el karaoke y las historietas conocidas como "mangas", cada vez más populares en el mundo occidental. Sin embargo, todo esto se rinde ante otra creación japonesa que en los últimos tiempos fascina cada vez más al mundo occidental: la comida. Por la forma de combinar los ingredientes, y por la presentación de los platos, la cocina japonesa es un auténtico arte. Algunos de las especialidades más conocidas son el sukiyaki (delgadas tiras de carne y verduras en caldo de soja), el soba (tallarines de trigo con caldo de pescado frío o caliente), el tempura (trozos de verdura, pescado, calamares fritos), el sushi (pescado crudo servido con bolitas de arroz avinagrado) y el sashimi (trozos de pescado o marisco crudo con salsa de soja). No menos célebre es el sake, o vino de arroz, que conviene tomar con precaución porque son famosas sus consecuencias en bebedores no muy acostumbrados. Menos peligrosas son las cervezas, como las conocidas Kirin, Sapporo y Suntory. Finalmente, antes de emprender un viaje a Japón vale la pena interiorizarse sobre las principales costumbres y la etiqueta del país, que difiere bastante de los hábitos occidentales. Los japoneses se muestran muy tolerantes con el turista, pero es un gesto de buen gusto estar al tanto de algunas de sus costumbres y actuar siempre con extrema cortesía. Por ejemplo, en Japón no se da nunca una negativa directa: de un modo que un "sí" más o menos vago puede querer decir que no (si sirve de consuelo, esto puede confundir a los propios japoneses). Para dirigirse a los hombres y mujeres, hay que agregar el sufijo "san" después del apellido, y al entrar en una casa o restaurante es costumbre quitarse los zapatos. Además, se suele llevar un pequeño regalo siempre que se va de visita a una casa, y de la misma manera se puede agradecer un buen servicio, ya que los japoneses no suelen esperar una propina.

La estilizada silueta de los templos, el verdor de los espléndidos jardines y las discretas geishas —hoy un lujo reducido y selecto, pero siempre existente— mantienen esa imagen clásica de Japón.

Datos Utiles

Para desplazarse dentro de Japón por cuenta propia, se puede sacar el abono ferroviario Japan Rail Pass, que incluye el famoso tren bala (Shinkansen). Desde el aeropuerto de Narita en Tokio es posible trasladarse a la terminal de la ciudad y a los principales hoteles mediante el Narita Airport Limousine Bus. La estación más celebrada en Japón es la primavera (entre marzo y mayo), cuando el cielo está despejado y florecen los cerezos, pero también es un período de vacaciones para los propios japoneses, de modo que los principales lugares turísticos suelen desbordar de gente. El otoño (entre septiembre y noviembre) es unaexcelente época para viajar, sobre todo por las temperaturas agradables y los típicos colores de la estación que adornan los campos.

En Hiroshima, la dirección del Parque Conmemorativo de la Paz es 1-2 Nakajima-cho, Hiroshima City 730. En Internet: http://www.city.hiroshima.jp/



EL FAMOSO TREN BALA (SHINKANSEN) Y LA CUMBRE NEVADA DEL MONTE FUJI.

MINITURISMO EN ESTANCIAS BONAERENSES

Pagos de Areco

San Antonio de Areco es uno de los lugares más tradicionalistas de la provincia de Buenos Aires y muy visitado por los turistas extranjeros que quieren conocer "la pampa argentina". A pocos kilómetros de la ciudad, la estancia Los Patricios brinda hospedaje y comidas en su colonial casco.

Por Meriem Choukroun

La región de Areco es la más tradicionalista del campo bonaerense. El pueblo, fundado en 1730, fue creciendo en torno de la Capilla que levantó en esa época José Ruiz Arellano, hacendado del lugar. Desde hace años, San Antonio de Areco recibe la visita de turistas extranjeros ansiosos por conocer "la pampa argentina", y de viajeros, sobre todo porteños, que quieren alejarse del vértigo ciudadano.

El fenómeno literario de Ricardo Güiraldes, a través de su obra cumbre, *Don Segundo Sombra*, desplazó los límites del pago chico a una inmensa geografía. Su Parque Criollo reproduce una típica estancia del siglo XVIII que hoy alberga testimonios de una cultura de enorme valor histórico. Un despliegue de pertrechos gauchescos, enseres, usos y el folklore todo se exponen en las distintas salas del Museo, donde también se puede ver una edición en inglés del *Martín Fierro*, cuadros de Eduardo Sívori y piezas de bruñida platería.

Un paseo por el pueblo no puede dejar de lado la visita a la antigua Pulpería La Blanqueada. Con más de siglo y medio cumplido, la pulpería tiene mostrador enrejado para atender a los "forasteros" y un recinto para los parroquianos "de confianza del pulpero". Frente a este lugar del pasado está el parque poblado de acacias, cinacinas, talas y algún ejemplar de aguaribay o ñanpinday que bordea las márgenes del río Areco.

> **Los propios dueños de la estancia atienden al visitante y ofrecen una cocina exquisita, además de manejar un campo de 108 hectáreas con una pequeña producción agrícola.**

El principal acontecimiento del país en materia gauchesca ocurre aquí, desde el año 1939. Los actos centrales del Día de la Tradición se realizan el 10 de noviembre con típicas exhibiciones criollas: jineteadas, desfiles de paisanos y tropillas, exposiciones artesanales y las clásicas cuadreras.


EL CASCO PRINCIPAL DE LA ESTANCIA LOS PATRICIOS. UN BUEN LUGAR PARA DÍAS DE CAMPO.

Estancia Los Patricios

Más cerca de Vagues que de San Antonio de Areco –2 km– y a sólo 120 kilómetros de la Capital Federal se encuentra la estancia Los Patricios, una hermosa finca de estilo colonial pampeano. El casco principal, dividido en dos edificios, está construido frente a una laguna donde habitan diferentes aves y bordea un impecable parque de 12 hectáreas con árboles centenarios.

El diseño francés también llegó a este paisaje. Pequeñas construcciones que los nuevos tiempos dejaron en desuso, como el aljibe y la fuente, armonizan con otras nuevas, dispuestas para diversas actividades: piscina, cancha de fútbol, picadero de equitación, cancha de polo, paddle, bochas y voley. Pueden realizarse cabalgatas y paseos en carruajes. La actividad deportiva que se ofrece está íntimamente ligada a los irlandeses que poblaron estos lares. A modo de refugio forzoso, se instalaron durante las Invasiones Inglesas conformando una colonia de gran auge en aquel tiempo.

Fuera de la casona se puede visitar una cancha de golf y jugar por supuesto, a quince kilómetros del lugar. Los traslados no se recargan en el gasto de hospedaje.

Los propios dueños atienden al visitante y ofrecen una cocina exquisita, de aquí y de lejos, además de manejar un campo de 108 hectáreas con una pequeña producción agrícola. Confituras caseras, platos criollos, carbonadas, pastas con salsa de hongos, panqueques de verduras frescas y ricota son algunos de los manjares que acompañan una repostería especial. El consumo de bebidas alcohólicas o gaseosas es ilimitado. Después del café se puede optar por algún juego de salón, por la estufa de leña o de gas o por dormir una siestita santiagueña en el confortable dormitorio que aguarda, entre tantas alternativas. Los dormitorios son ocho, tienen baño privado y están distribuidos entre los tres cascos de la estancia. Todos tienen una decoración que invita a disfrutarla más días de los que uno suele disponer. Para decidir una escapada al campo es conveniente hacer la reserva llamando a Hotelería Resort de Estancias, Tel. 794-8200\8964.

NOTICIERO

Invasión pingüina

Siempre puntuales, todos los años llegan a mediados de setiembre más de 800 mil pingüinos a la Península Valdez, en la costa del Chubut. La invasión pingüina se concentra en Punta Tombo, lugar que fue declarado reserva natural en 1979 para proteger esta especie de pingüinos Magallanes. Los pingüinos construyen sus nidos bajo arbustos, en cuevas y lugares abiertos, y para los científicos sigue siendo un enigma la facilidad con que año tras año estas curiosas aves encuentran sus nidos. Hábiles nadadores, los pingüinos son capaces de mantener una velocidad de natación de 8 km por hora, utilizando las patas como timón y las aletas como propulsión. Así, en invierno, suelen llegar hasta Río de Janeiro en un viaje de más de 3000 km que lo hacen muy tranquilos porque cuando se cansan, duermen en el agua. Pero en la primavera, nunca faltan a la cita con las tranquilas aguas de la Península Valdez.

Con sabor francés

La Ecole des Arts Culinaires et de l'Hotellerie de Lyon-Ecully, Francia, estará presente a través de su coordinador técnico, el chef Bertrand Esnault, en el Festival Gastronómico Francés que se realizará en Claridge Hotel de Buenos Aires el próximo mes de setiembre. Desde el lunes 7 hasta el sábado 19, en el Claridge's Restaurante habrá dos menúes, en noches alternadas, de los cuales se podrá elegir entre dos entradas (fría o caliente), dos platos principales y, según la costumbre francesa, un solo postre. El precio será de $ 40 por persona, con el vino incluido.

Por Matías Alinovi

CONSTELACIONES EN EL CIELO DE BUENOS AIRES

Viaje a las estrellas

Desde hace milenios, la inmensidad del universo y sus estrellas levanta la mirada de los hombres para develar sus misterios. La lente de Galileo acercó las "maravillas celestes" que hoy miles de aficionados a la astronomía descubren en un viaje a las estrellas a través de complejos telescopios.

Si las estrellas sólo pudieran verse desde un punto determinado de la Tierra, los hombres correrían a él en tropel, para contemplar las maravillas celestes", escribe Séneca, mil quinientos años antes de que Galileo se convirtiera en el primer hombre que supo mirar el cielo con nuevos ojos: una lente diseñada por él que aumentaba tres veces el tamaño de los astros.

Sin embargo, el universo que la lente de Galileo acercaba ya estaba poblado por las figuras que los hombres reconocían en las constelaciones. Ya estaba allí Andrómeda, encadenada a la inconmovible roca, a punto de ser devorada por un monstruo marino, y ya Perseo volaba a salvarla, con las alas que le prestó Minerva.

Ya los fenicios habían observado la fijeza de la Osa Menor en la región boreal del cielo y, gracias a ese conocimiento, habían ejercido el dominio de los mares durante mil años.

La historia registra que fue Hiparco de Rodas el primer astrónomo que, hacia el año 130 antes de Cristo observó atentamente el cielo, y anotó con precisión la muchedumbre de estrellas que lo puebla. De él dijo Plinio: "Se atrevió a contar las estrellas y a darles nombre para que la posteridad las reconociera. Audaz empresa hasta para un dios".

¿Qué dirían hoy Séneca y Plinio de los observatorios astronómicos, a los que se acude a contemplar las maravillas celestes, y de los catálogos modernos, esos mapas del cielo que dan las posiciones exactas de más de un millón de estrellas?



OBSERVACIÓN ASTRONÓMICA DE UN UNIVERSO SUPERPOBLADO DE ESTRELLAS.

Mariano Ribas



LOS MAPAS DEL CIELO DAN LAS POSICIONES DE UN MILLÓN DE ESTRELLAS.

El Observatorio

Por las noches, en un sector del Parque Centenario, las luces permanecen apagadas. Allí se levanta el edificio que, desde hace décadas, reúne a un heterogéneo grupo de personas dedicadas a la observación astronómica. Es la Asociación Argentina Amigos de la Astronomía, que cuenta con una de las sedes para aficionados más grandes del mundo.

La puerta del Observatorio está abierta, los socios se pasean en grupos por los pasillos. En la biblioteca, algunos lectores están sentados a una amplia mesa. Cuatro jóvenes despliegan los resultados de sus observaciones en el Obser-Bar. La persona que les sirve café no es ajena a sus desvelos y se detiene un momento junto a ellos para interesarlos en la radioastronomía, una disciplina que permite escuchar lo que no puede verse. A pocos metros de allí, en el taller de óptica, un hombre que se ha quitado el saco se empeña en el pulido de una pieza que usará para construir su propio telescopio.

Aquí todo es entusiasmo. En las carteleras se ve a estos mismos socios entre materiales de construcción, o arreglando los telescopios que han sido donados por otros. El Observatorio ha sido ampliado con el tiempo, y con el único aporte que proviene de las cuotas mensuales y de las visitas guiadas. Además de la sala con la previsible cúpula, en la que está montado un telescopio fabricado por la casa Gautier en 1882, y que se encuentra allí desde 1944, la terraza tiene un laberíntico acceso a las torrecitas en las que funcionan los telescopios más modernos, el último de los cuales fue adquirido hace cuatro años.

La experiencia que ha decidido a cada miembro de la asociación es una historia diferente: el panorama del cielo en una noche estrellada en el Delta, o el misterioso nombre de una constelación, pueden conducir hasta la sede de Parque Centenario para pasar o para permanecer.

Desde Buenos Aires pueden verse cincuenta y cinco constelaciones. En invierno, los telescopios de la asociación apuntan hacia Escorpio, Sagitario y la Cruz del Sur; hacia Orión y Tauro en verano; y en todos los casos se enseña al observador novato a reconocer las figuras que corresponden a cada una.

Pero además de las constelaciones pueden verse los cráteres de la luna, los anillos de Saturno, los casquetes polares de Marte o las bandas de la atmósfera en Júpiter, cuyas lunas fueron los primeros objetos del sistema solar, invisibles al ojo desnudo, en ser descubiertos por el telescopio.

El Observatorio registra las inquietudes de los que se acercan por primera vez. ¿Qué lo trae al Observatorio? El director Alejandro Blain reconoce dos tendencias en las respuestas: están quienes contestan como artistas y quienes lo hacen como científicos.

Y es que así ha sido siempre la astronomía: algunos ven en los descubrimientos el título más noble de la inteligencia, y se sienten atraídos por el seguimiento sistemático del curso de los astros. Otros adivinan el íntimo placer que produce la contemplación de un enigma indescifrable y permanente. Tampoco faltan quienes encuentran aquí un argumento para su humildad religiosa.

Los científicos han afirmado que la Osa Menor es una constelación que gira alrededor del Polo Norte y que completa una vuelta en veinticuatro horas, y los poetas aseguran que es el perro de Calixto, la ninfa favorita de Diana, que fue transportada al cielo por Júpiter, y a la que una terrible metamorfosis convirtió en osa.

En el capítulo de la Historia Natural que Plinio dedica a describir las características de los astros errantes, cree necesario aclarar que las estrellas no nos están asignadas a cada uno de nosotros, ni son brillantes para los ricos, más pequeñas para los pobres, oscuras para los desafortunados, ni reluce según la suerte de cada cual, dado que no nacen y mueren con la persona correspondiente, ni cuando declinan significa que alguien se esté extinguiendo. Y agrega con ironía: "No es tan estrecha nuestra relación con el cielo como para que el resplandor de los astros sea, incluso en él, mortal por culpa de nuestro destino".

La Luna y el Joyero, Escorpio y Sagitario, Júpiter y el Escorpión, el Tucán y el Centauro podrán ser vistos este mes desde el Observatorio por el público en general. Seguramente acudirán a estas visitas muchos niños, enterados de la existencia de los planetas, de los anillos de Saturno, de los movimientos de las galaxias. Y a pesar de que se los ha instruido con estos conocimientos, no perderán la oportunidad de preguntar, por ejemplo, cómo se enciende el sol.

¿Y cómo se enciende?

Astrónomos en el Parque Centenario

Dirección: La sede de la Asociación Argentina Amigos de la Astronomía queda en Av. Patricias Argentinas 550 y el teléfono es 863-3366. Se pueden escribir mensajes de correo electrónico a la dirección postmast@aaaa.org.ar. La dirección de la página web del Observatorio es difícil de recordar: http://www.geocities.com/CapeCanaveral/Lab/8913/aa-00-00.htm

Horario: El horario de atención del Observatorio es de lunes a sábados, de 19 a 23.

Visitas: Todos los viernes y sábados del año, a partir del anochecer (siempre que no esté nublado), el Observatorio realiza visitas guiadas con observaciones por telescopio. En la visita se conoce uno de los recintos de telescopios del Observatorio, donde una guía explica las características, funcionamiento e historia de los instrumentos, y luego el público puede hacer una serie de observaciones. Las visitas duran alrededor de una hora, y el arancel es de $3. Los menores de 10 años y los jubilados pagan $2, y la entrada es gratuita para los menores de 3 años. Desde la noche del domingo 6 al lunes 7 de setiembre se podrá ver la gran ocultación de Júpiter por la Luna.

Visitas grupales: También se organizan visitas para escuelas y para institutos de enseñanza de todos los niveles, desde preescolar hasta terciario. Estas visitas pueden realizarse en horarios diurnos o nocturnos. Las visitas nocturnas se realizan los días martes y jueves de 19.30 a 21. (Bajo pedido especial pueden hacerse fuera de este horario.) En todos los casos se requiere realizar una reserva telefónica previa llamando de lunes a sábados de 19 a 23, o por correo electrónico a visitas@aaaa.org.ar. El arancel de la visita es de $3 por alumno. Para los docentes es gratuita.

Cursos: Los cursos tienen dos fechas básicas de comienzo: abril y agosto de cada año. Los próximos comenzaron esta semana, desde el 18 de agosto. Se puede participar siendo o no socio y no existe límite de edad.

Biblioteca: Es pública y gratuita y puede ser consultada libremente de lunes a viernes de 19 a 23.